

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

Introito

El doctor Jaime Duarte French, Director de la Biblioteca "Luis-Angel Arango", del Banco de la República, nos ha hecho el honor de llamarnos nuevamente a colaborar en esta magnífica obra del "Boletín Cultural y Bibliográfico", en cuyas páginas mantuvimos la sección denominada "El mundo del libro" desde la fundación del Boletín hasta que dejó de publicarse. En 149 números hicimos el registro literario de muchas obras de autores colombianos y americanos en general, obra en la cual pusimos todo nuestro entusiasmo espiritual y la filial de nuestra mente. Volvemos, pues, a la tarea repitiendo con el clásico y místico español: "Decíamos ayer"...

* * *

OFICIO DE DIFUNTOS—Por Arturo Uslar
Pietri—Seix Barral—Barcelona. Caracas. México.

Arturo Uslar Pietri, uno de los más auténticos escritores americanos, quien ha cumplido una parábola completa en su creación literaria, desde sus primeros cuentos publicados bajo el título "Barrabás y otros Relatos", hasta su obra reciente "Oficio de Difuntos", nos lleva de la mano como por un túnel resbaladizo y musgoso, en busca de una personalidad, veraz y primitiva, de la política venezolana, la del Benemérito Juan Vicente Gómez.

Está de moda esto de escribir la biografía, a luz y sombra, de los caudillos bárbaros que han desgobernado estos pueblos ibero-americanos. Desde que obtuvimos la emancipación de España,

por caminos de sangre, dolor, patíbulos, lágrimas, esto de encontrar la esencia de la democracia, ha sido un verdadero calvario. Precisamente porque los pueblos ibero-americanos, libres de la coyunda española, ya no supieron qué hacer con la libertad, que es tan explosiva como una bomba de nitroglicerina en las manos de un párvulo. Los campesinos-negros, mulatos, mestizos, cuarterones, indígenas puros, no quisieron regresar al feudalismo, ni someterse a normas legales, y prefirieron alzarse en armas contra una legitimidad que apenas asomaba en el horizonte como una blanca paloma azorada. Páez, en Venezuela, Flórez, en el Ecuador, y, posteriormente Melgarejo, el doctor Francia, Cabrera Infante, Tiburcio Carias, Rosas, cada quien, a su manera, quería gobernar despóticamente a estos pueblos inmaduros para organizarse por cauces de legalidad.

Surgieron, pues los caudillos de rebenque estigmatizados por don Ramón María del Valle-Inclán en su famosa novela "Tirano Banderas", novela que es padre y madre de todo este torrente de literatura contemporánea donde se trata de escrutar el alma momificada y remota de los tiranos criollos. Desde "El señor Presidente", de Miguel Angel Asturias, hasta este "Oficio de Difuntos", de Arturo Uslar Pietri, pasando por el agua-fuerte de Mariano Picón Salas sobre Cipriano Castro; "El Otoño del Patriarca", de García Márquez, doctor Francia de Roa Bastos, entre otros. Sin descontar "La Luna se hizo de Agua", de Enrique Amerín, donde los gauchos violentos irrumpen sobre la pampa y golpean sobre la pampa desnuda con los cascos de sus potros enloquecidos.

Arturo Uslar Pietri no hace literatura de mestizaje, ni fábula sobre el agua como los niños imaginativos. Deja que su personaje, que no es otro que Juan Vicente Gómez, el de "La Mulera", viva su peripecia, su diabólico pacto con el Diablo. Nos presenta al taciturno tirano de carne, huesos y humores. Con sus agrias y espesas salivas, sus gentes esclavizadas, su fornicación, su sentido de la Patria como la de una hacienda grande, con sus graneros repletos para la codicia de sus manos. Que son rapaces, manos que suplician y condenan al matadero a sus enemigos como bestias vencidas.

Juan Vicente Gómez, hombre de soledades, de rebenque, de órdenes tajantes e interjecciones de arriería. Chafa, con sus pezuñas de bárbaro, todo un sistema de conceptos legales, de ordenamiento jurídico. En su corazón se pudren todos los senti-

mientos de bondad, justicia, fraternidad entre los hombres. Para Juan Vicente nada significa todo aquello por lo cual vivió, padeció y murió el Libertador Simón Bolívar. No es un histérico místico, acaso un embrujado, de reacciones elementales fruto de un chamanismo delirante. Terco, torpe, duro como la cabeza de una mula, paciente, malicioso, gobernará sin piedad, con las entrañas secas y la mano revolante y terrible como el zarpazo del halcón.

En verdad, estos pueblos ibero-americanos, siguen padeciendo su amor por esa estrella perdida entre las brumas, que se llama la Libertad. No aciertan aún con su destino histórico. Cuando no son los caudillejos, son los demagogos, que hacen fraude a sus esperanzas.

Sería interesante que esta novela "Oficio de Difuntos" se leyera en cátedras universitarias, en academias, en foros, se promovieran debates para escarbar en el fondo de nuestra tragedia que sabemos donde comenzó, pero no sabemos cuándo tendrá fin.

* * *

EL PASTOR Y LAS ESTRELLAS — Por Eduardo Santa—Bogotá, 1978.

No es el tiempo actual propicio para las cosechas del espíritu. La bomba nuclear, el tanque y el látigo, son los símbolos de esta época, analizada magistralmente por Malraux. "La condición humana", no produce salvo raras excepciones, sino sub-productos. Es el mercado mercenario de la facturación al por mayor. No hay tiempo para bordar un encaje, ni un ensueño, ni mucho menos ennoblecer la vida con parábolas. La vida ya no se cuenta por años, sino por el encadenamiento del terror.

El canto afilado se paralizó en la garganta del ruiseñor de abril. No hay lugar para la meditación, para las cosas hermosas que hicieron grata la breve vida del hombre. Y no obstante este inventario de ruinas, todavía existen espíritus generosos que persisten en el canto, en la música, en la labor de extraer de las palabras su más pura substancia. Sus salmos y sus creaciones. En el principio era el verbo como en el Génesis. Y un hombre de esa estirpe, un espíritu egregio, un alma esforzada que nos hace inclinar aún sobre el surco de la cosecha o levantar los fatigados ojos hacia las galaxias, es Eduardo Santa.

Desde hace muchos años, cuántos, nos une una amistad que es toda deslumbramiento. Porque en ella no caben cálculos, ni dividendos económicos, ni sutilezas de mercaderes. Es la amistad tan amada por los griegos. Todo desinterés, limpio de escorias.

Santa trabaja sobre la realidad colombiana asiduamente. Ha trazado un magistral retrato de Rafael Uribe Uribe, el gran sacrificado. De la misma familia espiritual de Antonio José de Sucre, de Julio Arboleda. Los florecidos cabellos de Abel paseándose bajo los bosques donde se esconden las sierpes. Su libro "Arrieros y Fundadores" es orgánico e histórico. Porque Eduardo Santa no es un historiador, ni un sociólogo de medias tintas o un jorobado copista de anécdotas desjugadas. Todos sus textos son entraña viva y fecunda.

Y ahora nos entrega este bellísimo libro "El Pastor y las Estrellas", donde la prosa pierde sus contornos de dureza material para convertirse en poesía, reminiscencia y esperanza. Pone oído a los rumores del bosque, al silbo de los pájaros, a la melodía del pastor que, en vez de piedras, ahonda su mochila de estrellas. Para que brillen mejor e iluminen el paso lento y fatigado del hombre sobre la costra, vieja de siglos, de la tierra. Abenamar es un poeta furtivo de lágrimas y flores. Y su sabiduría es la que vierten los que terminan la jornada, no la incipiente de los que apenas toman camino por las inciertas rutas del Alba.

Abenamar camina por senderos florecidos. Los que hoy son fábula en la memoria de los hombres. ¡Cómo logra esa pureza, esa serenidad, esa luz del canto, son misterios de la poemática de Eduardo Santa! Que, como decíamos, no obstante las catástrofes, la sangre vertida entre hermanos, el olvido de Dios, las hecatombes, la ceniza, los muertos a medio enterrar en los "cementeros bajo la luna" que dijera Bernanos, persiste en hallar paz, justicia, sabiduría, en este mundo llagado, en los cuales se ha perdido la memoria y el hilo de otros tiempos definitivamente congelados en el ayer.

Eduardo Santa es un poeta en prosa. Pero no cualquier poeta. Sino un creador. Un oficiante en el sagrado rito de exprimir todo el jugo a los vocablos. Todo es bello y nostálgico en este libro "El Pastor y las Estrellas". Una lenta atmósfera evanescente que nos envuelve en su túnica inconsútil de misterio. Una fragancia de encinas, de ríos descalzos, de montes de frente callada y adusta. Y no obstante, al terminar su lectura, nos quedamos medi-

tando en lo que no volverá nunca, en rostros, paisajes y voces definitivamente sumergidos. ¡Quién pudiera rescatar el tiempo perdido!, pero ya no es hora de empezar como exclamaba el poeta.

De toda suerte, tenemos que agradecer a Eduardo Santa, esta tinaja de agua serenada en la serranía que, por un momento, esclarecedor momento, nos hace olvidar la concupiscencia de la tierra.

* * *

AUTORES SANTANDEREANOS — Por **Roberto Harker Valdivieso**—Biblioteca Santander—
Volumen XXXII—229 páginas de lectura.

Roberto Harker Valdivieso, entrega ahora a sus lectores una nueva obra, fruto de su buen gusto para espigar en el pensamiento de escritores santandereanos que le han dado linaje y calidad al terruño nativo. El autor ha querido limitar su tarea a escritores de Bucaramanga y de las ciudades del ilustre Departamento. El suyo, pues, es un libro esencialmente reminiscente. Y de nobles propósitos. Ya que rescatar del olvido hombres, fechas, pensamientos, engrandece a quien lo hace y lo despoja del egoísmo que se conjuga siempre en presente.

La Biblioteca Santander ha publicado XXXII Volúmenes de gran calidad. Una obra admirable en una época en la cual las manifestaciones de la cultura son bien escasas o son de círculo cerrado. La Academia de Historia de Santander es ejemplar por su tarea, realizada con dificultades sin cuento, pues, su presupuesto es escaso y no puede realizar todos los hermosos planes intelectuales que se tiene en proyecto.

Harker Valdivieso ha agrupado varios textos de santandereanos de linaje intelectual en la siguiente forma: La Lira Romántica, Costumbrismo, Novela y Cuento, Crónica Histórica, Oratoria y, finalmente, Ensayos y Periodismo. Claro que faltan hombres y nombres que son esenciales en un inventario del pensamiento santandereano. Hablando de Santander, una antología en la cual al referirse a la oratoria, no incluya a José Camacho Carreño y a Gabriel Turbay es mutila. Pero este es el peligro de las antologías. Lo que, en este caso, no le resta calidad a la tarea ennoblecedora y al sentido estético del autor de la obra. Quien

ama su terruño con la pasión que el lector encuentra en la obra de Luis Enrique Puyana, un ilustre santandereano que tanto hizo por enaltecer la bella y brava tierra de homéricas hazañas.

Llega en buena hora este libro añorante y rico en valores que tanto han dado para que Santander sea la tierra por excelencia de la inteligencia, el valor y muchas veces, del infortunio.

* * *

EL CASTELLANO NACIENTE Y OTROS ESTUDIOS FILOLOGICOS—Por Félix Restrepo—
Instituto Caro y Cuervo. Biblioteca Colombiana.
XV— Bogotá, 1978.

Es ejemplar la tarea que cumple el Instituto Caro y Cuervo. Y su prestigio no es solamente bien ganado dentro de las fronteras patrias, sino que se halla bien consolidado en América y Europa. Sin estridencias, ni snobismos, la institución trabaja para la posteridad. Y recoge el estuario del pensamiento colombiano y el de escritores de otras latitudes que han trabajado en la tarea de crear una cultura de contornos intransferibles. Una obra que le hace honor a nuestra Patria como nación de letras y de trabajos intelectuales de profunda raigambre.

Acerca de la Biblioteca Colombiana, del Instituto, se expresa en esta obra el siguiente concepto: “La Biblioteca Colombiana tiende a suplir la falta de una colección que dé cabida a aquella producción que, sin tener carácter especializado, es ampliamente representativa del quehacer literario o de la energía de pensamiento de las varias generaciones colombianas: Expresión del instinto creador y las facultades estéticas del individuo y de la nación. Esa producción, altamente valiosa y reflejo de muy diversas personalidades, escuelas y tendencias filosóficas y literarias, es parte integrante y sustancial de nuestro haber histórico. Pero con frecuencia resulta desconocida e inaccesible, debido a múltiples factores, entre otros el de haber tenido en su momento escasa circulación. Se hace, pues, necesario que ella vuelva, por así decirlo, al cauce de la vida activa, se ponga nuevamente en contacto con ésta e incite a logros mayores”.

Verdad rigurosa. Porque el pensamiento de nuestros más grandes escritores, se ha perdido en lamentable olvido. Tal el caso del eminente jesuíta Félix Restrepo, de quien, seguramente

no saben nada las nuevas generaciones. Y que ahora, relejendo las páginas que el "Instituto Caro y Cuervo" ha rescatado del olvido en esta obra, adquiere toda su trascendencia. Porque el Padre Félix, como lo llamaban cariñosamente sus numerosos discípulos, fue, quién lo duda, un filósofo, un filólogo, un escrutador analítico de los valores colombianos. Y un enamorado de España, en lo que ésta tiene de eterno en sus valores lingüísticos y en su humanismo dramático.

Este libro encierra modalidades del lenguaje poco conocidas o mal empleadas. Vocablos que enriquecieron para siempre la lengua que hablamos. Y también disquisiciones filológicas y discursos del Padre Félix de hondo calado y larga navegación intelectual.

En verdad el ilustre jesuíta fue un maestro en el mejor sentido del vocablo. Educa, pule, traza caminos al pensamiento. Estas conclusiones se desgajan de la lectura de esta obra admirable.

* * *

LO BARROCO EN LA NOVELA COLOMBIANA.

No es necesario desvelarnos mucho para encontrar en la novelística de Colombia, el frenesí del barroco. Toda América es un gran friso del barroco. España, con sus monjes salmodiantes, sus conquistadores de altas botas y ferradas espuelas, su soledad tremenda, "la única soledad de la muerte", trajo a este Continente todas esas formas que aquí aclimataron rápidamente. Lo barroco exige romanticismo delirante e imaginación. Y eso somos nosotros. Un pueblo de empecinados soñadores, cuya semilla no se pudre bajo la tierra. La técnica misma no ha logrado desterrar formas y normas que nos son intransferibles y vitales. Tenemos el gusto de lo desbordado, un signo de cascada y despeñadero. Tan copiosa ha sido nuestra literatura romántica, tan rica en formas y estilos, que no logran una unidad superior, y mucho menos una forma de ascetismo.

Los personajes que caminan por las novelas del costumbrismo colombiano son inflamadamente líricos, gotean ternura viril. Y se ahondan en silencios de mina como el cuarzo. Además, la naturaleza tropical, le otorga una nueva dimensión a ese barroquismo silbante e inflamado. ¿Qué es María, la Biblia de los quin-

ce años que dijera don Miguel de Unamuno? Pues la novela del amor como expresión retorcida, dolorosa, donde una doncella muere de amor, mientras las aguas de un manso río se llevan sus lágrimas. Somos trágicos y dados al fantasear y errabundear. La imaginación da rienda suelta a todos los relatos de la novelística colombiana. Desde "Diana Cazadora", de Soto Borda, hasta "La Cárcel" de Jesús Zárate Moreno. España no podía darnos otro legado. Porque en Iberia florecía el madrigal, la fable popular, la guzla, el cante hondo, la pena, el sollozo y la tragedia. Y los Conquistadores nos trajeron todo eso y mucho más a la Nueva Granada y a toda la América. Nuestras fronteras líricas todavía están por delinearse. Y la novela en Colombia ha sido siempre rica en matices, en claro-oscuros, en crispaciones, en maldolor. Y se la recarga de adjetivos y de ornamentos.

Estamos aún muy lejos de la línea geométrica, del puro análisis de los sentimientos. Hierve la sangre y en la novela siempre se da ese fondo de campo arado o de bosque que acaba de incendiarse. No es fácil entrar en la novelística colombiana sin instrumentos de navegación. Porque corremos el riesgo de perder los rumbos. Creamos monstruos o criaturas casi aéreas, pero siempre dentro de un campo en incendio, todo temblor, palpitante de pedrería. Hay mucha lujuria verbal en la novela colombiana. Demasiado ornamento, gualdrapas repujadas. Algo de Arabia con sus fantásticas leyendas. Y por los relatos camina el hombre colombiano, solo, marginado, frustrado. Porque nuestra incorporación a la cultura universal ha sido un espejismo. Y necesitamos ya no de mentores, sino de horadar en nosotros mismos el túnel. Cuando todo un Continente es barroco, y América lo heredó de España, hay mil caminos para recorrer. Estamos en la primera mañana del mundo. Y es ya la hora del despojo. Ascetismo, rigor, parquedad, sacrificio de boatos ornamentales. Más entraña viva y menos adjetivación. Más los dos Luises y menos Góngora y Argote.

* * *

YO, EL SUPREMO—Por **Augusto Roa Bastos**—Siglo Veintiuno, Editores—Primera edición, 1974. Séptima edición, 1977. México. 467 páginas de texto.

Augusto Roa Bastos, tan poco conocido en Colombia, ha escrito una novela escalofriante. Dentro de ese género en que han

sobresalido Asturias, Carpentier, García Márquez, Uslar Pietri, desvelados en la vivisección de la entraña de esos gobernantes —mitad hombres, mitad monstruos—, de que es tan rica la picaresca ibero-americana, una vez las legiones de España fueron arrojadas del Continente por una teoría de Libertadores que murieron en desamparo y como Bolívar, el vidente, “araron en el mar y edificaron en el viento”.

Esta novela-biografía de Roa Bastos le presenta al lector la vida, con todas sus aterradoras secuencias, del doctor José Gaspar Rodríguez de Francia, figura clave de la política paraguaya, nacido en Asunción y cuya parábola vital se desenvuelve entre 1766 a 1840. Sombrío y silencioso dictador ilustrado, que gobernó al pueblo guaraní con mano de hierro, con sombría frialdad taciturna. No vacilamos en afirmar que esta obra sobrecogedora es superior a “El Otoño del Patriarca” de Gabriel García Márquez. La personalidad del dictador se desenvuelve en planos inclinados, en ángulos agudos como espinas. Cavilaba, corroído por sudores y rencores, como una gigantesca ave abatida. Sus lujurias rijosas, alternaban con sus apotegmas, sus razonamientos esquemáticos, su altanero desprecio por el pueblo sufriente y humillado.

Nos recuerda los agua-fuertes de Goya, el español universal o de Rembrandt, el artista holandés del genio también universal. En torno del silencioso dictador doctor Francia, se mueve una cohorte de tullidos, burriciegos, leporinos, alza-fuelles, covachuelistas, memorialistas, mujeres que acarician el azúcar de sus pecados carnales, cejijuntos escribidores, toda una cohorte que maneja el Dictador de acuerdo con sus espesos humores.

Para el doctor Francia, el tiempo es el enemigo. Los años traen la gota, el reuma, los calambres, las vehemencias, los ahogos, los aúllos de perro amarillento y enfermo, la miseria fisiológica. El Dictador le opone al temible dragón y sus anillos escamosos, sus bebedizos, sus maldiciones, sus brujerías, sus pócimas calientes, sus calaveras de ajusticiados. Y sus dísticos y sentencias, como yerbas amargas, inútiles frente a la total disolución.

El lenguaje literario de Roa Bastos es algo cifrado y enigmático. Y rico en palabras a las que les otorga todo su tremendo poder dinámico. Así transcurren los años del Dictador, que chafa a un pueblo bueno, supersticioso, que lo odia y lo ama al mismo

tiempo. Que no quisiera verlo morir y no obstante se pregunta todos los días como en una consigna de salteadores: ¿Ya murió? En verdad esta novela es una auténtica creación, de una sombría belleza desesperada. Y el retrato del dictador tan verídico que parece salirse del marco del relato para llegar físicamente con su respiración de grulla fatigada hasta nosotros. Estupenda obra que merece ser leída por los buenos lectores colombianos.

* * *

ANTOLOGIA TOTAL—Por **Vicente Aleixandre**—Premio Nobel de Literatura 1977—Editorial Seix Barral-Madrid y Barcelona.

Está aquí toda la poesía de uno de los poetas más grandes de España en el Siglo XX. La poesía aleixandrina tiene su propio mundo. Sellado, enigmático, sin esas influencias que percibimos en sus epígonos de América y de la misma España. Son poetas de claves, de músicas interiores, sin la carnadura fulgurante de otra poesía que como quería Gide, “se alimenta de frutos terrestres”. Lo mismo que sucede con Jorge Guillén, otro poeta contemporáneo de Aleixandre. Este poeta es de hondura y exige meditación. No se captan sus esencias a la primera lectura. Su mundo está perfectamente formado como un bello ser humano. Extenso e intenso. Desolado como los desiertos de la Muerte. Su silencio exige la meditación, porque la naturaleza de esta poesía tiene una trascendencia metafísica.

Todo es oscuro. Vamos caminando por un túnel. La cuna y el sepulcro son arcanos. Y pesan sobre el hombre, peregrino por un valle de sufrimientos. El amor, la muerte, el terror, la desolación, la flagelación, tienen una nueva dimensión en la poesía aleixandrina. Hermético huerto: Acaso una Teología para nosotros los pobres profanos. Pero siempre dejará el poeta una ventana en este túnel para que podamos respirar. Su melodía es subterránea y rica en vibraciones. Como un escudo que reverbera o unos ojos de mujer enamorada.

Es preciso adentrarnos por este laberinto y poner oído al dolor de las raíces del gran poeta de Sevilla, la bella, par de Granada, la de Angel Ganivet. Oigamos estas melodías de su Antología del Mar y de la noche, que nos sacarán avantes en estas afirmaciones:

*Quiero el color rosa o la vida,
quiero el rojo o su amarillo frenético,
quiero ese túnel donde el color se disuelve
en el negro falaz con que la muerte ríe en la boca.*

*Quiero besar el marfil de la mudez penúltima,
cuando el mar se retira apresurándose,
cuando sobre la arena quedan sólo unas conchas,
unas frías escamas de unos peces amándose.*

*Muerte como el puñado de arena,
como el agua que el hoyo queda solitaria,
como la gaviota que en medio de la noche
tiene un color de sangre sobre el mar que no existe.*

* * *

LA MISERIA EN BOGOTA Y OTROS ES-
CRITOS—Por Miguel Samper—Universidad Na-
cional de Colombia—Biblioteca Universitaria de
Cultura Colombiana—291 páginas de texto.

Miguel Samper, fue un hombre polifacético de nuestro agitado Siglo XIX. Vivió entre 1825 y 1899, o sea, en una época en que nuestra nación trataba de buscar una unidad, entre quebrantos y aflicciones sin cuenta. Tiempo de guerras civiles, de constituciones que eran copia de las otras naciones ya en madurez, si exceptuamos la Constitución del 86. Simón Bolívar nos había dado la libertad, pero estos pueblos estaban inmaduros para sus beneficios. De ahí que, arrojados los españoles de tierras americanas, se encendieran sus vivaques fratricidas y las guerrillas de montoneras voluntariosas, con sus caudillos provinciales.

Los Samper siempre tuvieron como horizonte el servicio a este país naciente. A tiempo que los generales se empecinaban en la fraterna contienda, ellos, escrutaban, analizan la realidad colombiana. Más allá de las metáforas rutilantes estaba la geografía del pueblo colombiano, sus formas de hacer, sus posibilidades de un futuro mejor y más digno. Don Miguel Samper estudió con juicio y severidad la problemática de Santafé de Bogotá, que era apenas un espeso villorrio en el tiempo en que él ponía su lente sobre sus dolamas. Y lo grave de todo reside en que todo lo que escribió Don Miguel era verdadero y punzante.

Y muchos de los problemas seculares analizados por él en esta obra están vivos y pudiéramos decir se han agravado cuando el villorrio de su época se ha convertido en la Megalópolis actual, con problemas mucho más complejos y sin posible solución.

Don Miguel Samper analizó y profundizó en una realidad que para muchos se escapaba, por el ruido de las armas, o por la búsqueda de formas literarias de un romanticismo que todo lo envolvía en fraseología, por lo cual los árboles no dejaban ver el bosque.

Los Samper, creadores, escrutadores de la realidad colombiana, que fueron capaces de la hazaña de darle a Santafé de Bogotá, energía eléctrica, venciendo obstáculos que parecían irremovibles, están profundamente unidos al despertar de Colombia, a sus fuerzas latentes, a su riqueza, a su grandeza y a su miseria.

Libros como este debieran ser mejor conocidos de las nuevas generaciones de estudiantes, para que así aterricen en terreno propio y no divaguen sobre problemas de otras naciones y de ideologías que fueron pensadas teniendo en cuenta otras modalidades de raza, suelo, ambiente, en fin, algo que no es ni puede ser Colombia.